

LOS JÓVENES EN LA IGLESIA DE HOY

Reflexiones ante el Sínodo de los obispos sobre los jóvenes

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v64i224.40>

JAVIER ELZO IMAZ*

En estas páginas voy a abordar cuatro cuestiones relacionadas con el protagonismo de los jóvenes de hoy, ante el Sínodo de los Obispos celebrado en octubre de 2018. En primer lugar, me basaré en algunas encuestas en las que se relacionan a los jóvenes con la fe y con la Iglesia, encuestas de ámbito europeo, también planetario entre universitarios de centros católicos. En segundo lugar prestaré una atención especial a las respuestas que han dado los jóvenes españoles. En tercer lugar insistiré en la importancia de situar a la juventud de nuestros días en el universo Internet; en efecto, creo que cabe definir nuestro tiempo como el de la era Internet. En cuarto lugar me detendré en un punto clave en la formación (en el sentido más amplio del término) de los jóvenes en la era Internet: la dificultad de transmitir –en gran parte por la renuencia de la sociedad de actual a influir en las nuevas generaciones en su crecimiento–, como si tal renuencia fuera posible. Finalmente, tras participar en Roma en la preparación del Sínodo (septiembre de 2017), ofreceré a modo de conclusión las reflexiones que me suscitó la convivencia durante seis días con jóvenes de medio mundo, hablando de la fe y el discernimiento vocacional.

1. ¿QUÉ VALORAN LOS JÓVENES EN LA DIMENSIÓN RELIGIOSA?

El diario católico *La Croix* publicaba en julio de 2011, luego justo antes de la JMJ de Madrid, una encuesta realizada a jóvenes en edades comprendidas entre los 18 y los 35 años (límites de edad bastante frecuentes en los estudios sobre jóvenes en Francia) de cinco países europeos: Francia, Alemania, España, Italia y Gran Bretaña.

El cristianismo está bien presente en determinados aspectos de la cultura europea, así como la visibilidad de los cristianos, aunque de forma

* Catedrático emérito de sociología de la Universidad de Deusto (Bilbao).

diferenciada según los países, Italia apareciendo como «la más cristiana» y Francia la menos, España pegándole los talones a Francia. Veamos algunos detalles.

Los jóvenes estiman que, en su sociedad, los cristianos resultan suficientemente visibles. En este sentido se expresa el 61 % de ellos, cifra media de los jóvenes de los cinco países que han sido estudiados. España destaca porque, para el 28 % de sus jóvenes (17 % para la media europea), los cristianos españoles «son demasiado visibles y hacen hablar demasiado de ellos».

El relativismo de las confesiones religiosas, medido por la expresión «todas las religiones valen», se encuentra muy extendido entre los jóvenes en la Europa que se analiza en esta encuesta. Es lo que opina uno de cada dos jóvenes, destacando claramente al alza Francia. Pero más importante es señalar que, para uno de cada dos jóvenes, «el mensaje y los valores del cristianismo están siempre de actualidad». Estamos ante el ejemplo típico de la botella medio llena o medio vacía. Típico, tópico, pero no por ello menos real. Gran Bretaña e Italia destacan al alza en esta apreciación, mientras que Francia y España a la baja. Más adelante veremos, con detalle, qué es lo que verdaderamente destacan los jóvenes del cristianismo, pero señalemos antes la crítica valoración que, con la notable excepción de los italianos, conceden a la comunicación de la fe a las nuevas generaciones, a ellos mismos como jóvenes, cuestión clave a la consagraremos un apartado más adelante.

Anotemos ahora que, a la afirmación de que «los cristianos y las iglesias no saben comunicar bien ni dirigirse a las nuevas generaciones», se adhiere el 79 % de los jóvenes franceses, el 76 % de los españoles y británicos, el 74 % de los alemanes, pero apenas un 30 % de los jóvenes italianos. Este dato confirma, una vez más, la fuerte penetración del cristianismo institucional (catolicismo en realidad) en Italia frente a la desafección en los demás países aquí analizados, España incluida. Pero vayamos ya al meollo de lo que aporta esta encuesta.

Son dos cuestiones que, en parte se solapan, pero que pensamos de interés tratar separadamente. Me serviré de dos tablas que he traducido del original de La Croix.

La primera cuestión mide cuales deben ser las prioridades en las acciones de las iglesias cristianas en el actual siglo XXI, según los jóvenes. Traslado las respuestas dadas por los jóvenes de los cinco países estudiados en la tabla¹.

Los jóvenes en la Iglesia de hoy

TABLA 1. PRIORIDADES DE LAS IGLESIAS CRISTIANAS EN EL SIGLO ACTUAL
(En orden decreciente de menciones de los jóvenes españoles. Datos en %).

	ESP	FR	AL	IT	GB	EUR
Luchar contra pobreza, aquí, entre nosotros	63	45	47	42	36	46
Actuar por la paz en el mundo	43	56	42	42	35	44
Actuar para que haya más justicia	24	19	49	34	10	28
Estar presente y disponible en los momentos clave de la vida	17	29	24	32	50	31
Hacer conocer el mensaje de Cristo	15	11	12	18	23	16
N =	502	1.009	503	511	505	3.030
	100 %					

Fuente: IFOP para La Croix, Trabajo de campo (Método CAWI) en marzo 2010.

La tabla, centrándonos en España, presenta una lectura globalmente positiva, con un aspecto muy reconfortante y otro que no lo es tanto. Los jóvenes españoles piensan que, prioritariamente, lo que debe hacer la iglesia de su país (católica mayoritariamente) es «luchar contra pobreza, aquí, entre nosotros». El papa Francisco no se cansa de hablar de este tema. Ya en su visita a una favela en Río de Janeiro, con motivo de la JMJ de julio de 2013, al inicio de su pontificado, pronunció estas rotundas palabras: «Ningún esfuerzo de pacificación será duradero para una sociedad que ignora, margina y abandona en la periferia a una parte de sí misma. La medida de la grandeza de una sociedad está determinada por la forma en que trata a quien está más necesitado, a quien no tiene más que su pobreza». Y añadió: «Me gustaría hacer un llamamiento a quienes tienen más recursos, a los poderes públicos y a todos los hombres de buena voluntad comprometidos en la justicia social: que no se cansen de trabajar por un mundo más justo y más solidario. Nadie puede permanecer indiferente ante las desigualdades que aún existen en el mundo. Que cada uno, según sus posibilidades y responsabilidades, ofrezca su contribución para poner fin a tantas injusticias sociales. No es la cultura del egoísmo, del individualismo, que muchas veces regula nuestra sociedad, la que construye y lleva a un mundo más habitable, sino la cultura de la solidaridad; no ver en el otro un competidor, sino un hermano».

Es, pues, clara la importancia que el Papa concede a la labor para erradicar la pobreza como un signo de los cristianos. Y podríamos recordar aquí los documentos pontificios al respecto, desde León XIII hasta Benedicto XVI. No en vano, este mandato está en la quintaesencia del cristianismo. Baste recordar la Carta primera de Juan, el capítulo 25 de Mateo, la comunión de bienes en los primeros cristianos según Hechos de los apóstoles, etc., etc.

Y los jóvenes españoles no solamente lo han visto bien, sino que destacan sobre sus coetáneos europeos al subrayar este aspecto de la lucha por erradicar la pobreza como labor prioritaria en la Iglesia. El 63% de los jóvenes españoles lo señalan, frente 46% de la media europea. No entro en los detalles por países, pero sí deseo llamar su atención señalando que el ranking de prioridades no es el mismo en todos los países.

La segunda nota que subrayan, esta vez al unísono, aunque destacando al alza los franceses, es la necesidad de actuar por la paz en el mundo. La media es del 44%.

Obsérvese también que la actitud de «estar presente y disponible en los momentos clave de la vida» ocupa el tercer lugar en el ranking de las prioridades exigibles a las Iglesias cristianas». Que los jóvenes españoles se posicionen en el este ítem en último lugar (solamente el 17% lo mencionan frente al 50% de sus coetáneos británicos, por ejemplo) no debe inducir al error de pensar que los españoles valoren en menor grado esta disposición de «estar ahí cuando haga falta». Más bien lo contrario. Nos inclinamos a decir que esta disposición es algo que dan por supuesto: en la Iglesia y fuera de la Iglesia. A este respecto, conviene recordar que España destaca en porcentajes de donantes de sangre, de órganos, de cooperantes etc., etc. Sin embargo, quiero remarcar algo que varias veces he utilizado al referirme a estas actitudes y comportamientos, con la expresión de «solidaridad puntual», pues es más bien reflejo de «estar presente y disponible en determinados momentos», como reza el ítem que comentamos, que una disposición continuada, que debiera reflejarse, por ejemplo, en un alto nivel de asociacionismo en el voluntariado, lo que no es, en absoluto, el caso.

En fin, volvamos a lo que al inicio de este punto señalaba como el aspecto menos reconfortante de las prioridades que los jóvenes españoles «exigen» de sus Iglesias: «Que hagan conocer el mensaje de Cristo»: solo el 16% de los jóvenes europeos lo señalan y 15% de los españoles. Ciertamente lo esencial no está en la fe, sino en la caridad (1 Cor 13). Pero de un cristiano se espera que sepa dar cuenta de por qué coloca al «otro», al necesitado, al excluido, en el centro de sus preocupaciones y de su Iglesia. Y eso pasa por conocer, por mostrar la vida y el mensaje de Cristo Jesús. Es obvio que se puede ser cristiano sin saberlo. Pero dar cuenta de aquello en lo que creemos y que nos impulsa actuar centrándonos en el necesitado no solamente colma una interrogante personal, sino que enraíza en la verdad de la fe cristiana. Y la hace más robusta e intelectualmente más consistente.

Ratzinger en la encíclica *Lumen fidei*, que firma el papa Francisco, lo muestra de forma magistral. Es una pena, y otro «signo de los tiempos», que esta soberbia encíclica haya pasado desapercibida. En gran parte porque

exige una lectura atenta, aunque extremadamente rica. Valgan estas dos citas como botones de muestra. «La verdad de un amor no se impone con la violencia, no aplasta a la persona. Naciendo del amor puede llegar al corazón, al centro personal de cada hombre. Se ve claro así que la fe no es intransigente, sino que crece en la convivencia que respeta al otro. El creyente no es arrogante; al contrario, la verdad le hace humilde, sabiendo que, más que poseerla él, es ella la que le abraza y le posee. En lugar de hacernos intolerantes, la seguridad de la fe nos pone en camino y hace posible el testimonio y el diálogo con todos» (LF 33). La fe es, precisamente, la que pone en camino al creyente, le muestra el camino abierto por Jesús, el Dios encarnado de los cristianos, camino que le llevará a «dar testimonio» y «al diálogo con todos».

Para ello, la encíclica de Ratzinger-Francisco ya había asentado que «la fe transforma toda la persona, precisamente porque la fe se abre al amor. Esta interacción de la fe con el amor nos permite comprender el tipo de conocimiento propio de la fe, su fuerza de convicción, su capacidad de iluminar nuestros pasos. La fe conoce por estar vinculada al amor, en cuanto el mismo amor trae una luz [...] Si el amor necesita la verdad, también la verdad tiene necesidad del amor. Amor y verdad no se pueden separar. Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca. Quien ama comprende que el amor es experiencia de verdad, que él mismo abre nuestros ojos para ver toda la realidad de modo nuevo, en unión con la persona amada» (LF 27). Extraordinarias reflexiones que no deben quedar en el olvido.

«El cristianismo no es un humanismo», titulaba con acierto González Ruiz un libro muy leído en los años 60 del siglo pasado; pero de ahí no se siguen dos conclusiones que serían falsas. La primera, en efecto, que el cristianismo no se diluye en el humanismo. No hace falta ser cristiano para ser humanista. Otros, no cristianos, también lo son y, muchos, de forma sobresaliente. Pero que el cristianismo no se confunda con el humanismo no significa, al contrario, que un cristiano pueda ser inhumano. Sería la peor de las cosas que pudiera decirse de un cristiano; de hecho, la fe cristiana transforma a la persona porque abre al amor. Aquí radica la especificidad de la ortopraxis cristiana, cuya radicalidad reside en su ortodoxia. Es su fe la que le lleva al amor, una fe recibida y que se concreta en un amor gratuito, desinteresado.

Pero tanto la fe como el amor desinteresado no están dados de una vez para siempre. Están en el ADN del cristiano, pero este ADN no es inmutable, este ADN no sólo no escapa de los aleas de la vida, de las influencias del entorno, de la solidez de la fe que se dice tener. Este ADN exige constan-

temente la aquiescencia de la libertad de la persona que se dice cristiana. Exigen el acuerdo de su libertad inalienable. La fe, luego la acción gratuita por el bien del «otro», no se impone, se acoge (o no) y, de forma libre y autónoma, se lleva (o no) a la práctica. El ejercicio de la libertad muestra que la duda forma parte de la fe; ahora bien, si riesgo hay de caer en la intransigencia de pretenderse poseedor de la única fe verdadera –que inexorablemente sería «la nuestra»–, la fe que nosotros hemos «construido» acorde a nuestra ecuación personal, también acecha el riesgo de una fe encenagada en la duda, una fe que olvida que, en última instancia, es dada, y ante la que sólo cabe la oración de escucha, incluso sabiendo que no pocas veces habremos de pasar «oscuras noches del alma».

Así pues, no hay, no puede haber contradicción entre «hacer conocer el mensaje de Cristo» –actitud que valoraban como prioritaria un escaso 15% de jóvenes españoles– y «luchar contra la pobreza, aquí, entre nosotros» –señalado por el 63% de estos mismo jóvenes–. Y ciertamente, puestos en la disyuntiva, no hay duda posible: la caridad primero. Pero, y de forma particular en un mundo postsecular, en los restos de cristianismo al que le cuesta cortar las amarras con el posconstantianismo; en un mundo resacralizado en dioses no cristianos; en un mundo no solamente líquido, sino gaseoso y volátil, el enraizamiento de la fe en el amor exige una labor kerigmática y ejemplificadora por parte de la Iglesia católica y de cada cristiano en particular.

Ya insistía el cardenal Newman hace más de un siglo en la primacía absoluta de la conciencia personal, lo que hace de él, si se me permite la expresión, un pensador liberal. Su famosa afirmación, en el inicio de su *Apología*, (p. 38), «yo mismo y mi Creador», lo muestra; a la vez que propugna que hay una experiencia natural del pensamiento que hay que aceptar y que, «rechazar esta experiencia del pensamiento, bajo el pretexto de que no contiene todas las garantías para llegar a la verdad, equivale a rechazar la condición humana, lo que al final es hacer injuria a la creación que nos ha hecho como somos». Esta reflexión de Newman, siendo Rector en Dublín y escribiendo sobre la universidad, la concreta con esta otra de innegable actualidad en nuestros días: «La mejor manera de aprender a nadar en aguas tumultuosas no consiste precisamente en no arriesgarse jamás... Podad de vuestros manuales escolares todas las grandes manifestaciones del hombre natural y vuestro alumno los encontrará en la puerta de vuestra clase, con la vida y el soplo de la realidad»¹. Este discurso tendría plena aceptación entre la juventud actual a poco que quiera pararse a pensar.

1. Citado por J. Honoré, *Newman, sa vie et sa pensée*, Paris 1988, 140.

Pero esto exige el «humus de la fe», la transmisión de la fe. Cabe hacerse la pregunta acerca de la dificultad de transmitir la fe en una sociedad secularizada y que tiene a gala no implicarse en absoluto en la autonomía de las personas, particularmente en los menores de edad.

2. LOS ÁMBITOS EN LOS QUE LOS VALORES CRISTIANOS DEBEN JUGAR UN PAPEL POSITIVO EN LA SOCIEDAD ACTUAL

La segunda cuestión, solapándose en parte con la primera, no ofrecerá poca información suplementaria, de ahí que seremos más breves en su comentario. Recuérdese que se trata de saber, según los jóvenes europeos estudiados en esta encuesta de IFOP para el diario La Croix, en qué ámbitos los valores cristianos tienen un papel positivo a jugar en la sociedad de su país. Véanse las respuestas en la tabla 2.

TABLA 2. ÁMBITOS EN LOS QUE LOS VALORES CRISTIANOS DEBEN JUGAR UN PAPEL POSITIVO
(En orden decreciente de menciones de los jóvenes españoles. Datos en %)

	ESP	FR	AL	IT	GB	EUR
Solidaridad con los más pobres	55	51	38	39	25	41
La familia y la educación	32	31	35	46	42	37
El diálogo entre las diferentes culturas y las diferentes religiones	30	47	42	40	29	38
La acogida y la integración de los inmigrantes	15	13	7	21	10	13
La protección y el respeto del medio ambiente	11	9	15	5	10	11
La bioética, el respeto de la vida	6	11	22	11	19	14
La moralización del capitalismo	5	7	14	8	19	11
La construcción europea	2	1	3	4	3	3
N =	502	1.009	503	511	505	3.030
	100 %					

Fuente: IFOP para “La Croix”, Trabajo de campo (Método CAWI) en marzo 2010.

Si luchar contra la pobreza en su sociedad era considerada como la prioridad para su Iglesia, el ámbito en el que –siempre según los jóvenes– los valores cristianos pueden tener un papel positivo a jugar en la sociedad de su país es la solidaridad hacia los más pobres. Como se ve, que sea considerada la prioridad de la Iglesia o que sea la labor de sus miembros, como cristianos, el primer deber será la ayuda a los más necesitados. El principio de la caridad sería lo que identificaría primeramente a los cristianos y a

sus Iglesias. Esta afirmación, esta percepción de la identificación del «ser cristiano» como la persona caritativa (solidaria en lenguaje laico, dirían los jóvenes) es particularmente resaltada por los jóvenes españoles (un el 55 % de entre ellos frente al 41 % de la media de los cinco países retenidos en esta encuesta y muy lejos de la percepción de los jóvenes ingleses, entre los que apenas el 25 %, priorizan la solidaridad hacia los pobres como un valor principal para los cristianos en su sociedad, destacando ellos, por el contrario la familia y la educación, con un 42 % de menciones, familia y educación, que los jóvenes españoles mencionan en el segundo lugar con un 30 % de menciones).

Pero no nos perdamos en números: para los jóvenes europeos, y de forma muy significativa para los españoles, un cristiano, y la Iglesia cristiana en su país, deben destacar por actuar a favor de los más necesitados. Esas son sus primigenias señas de identidad².

Volvamos a la tabla 2 de la encuesta de La Croix. Anotemos que los jóvenes españoles, casi en pie de igualdad con la importancia que conceden a la familia y a la educación como valores cristianos que tendrían un papel positivo en la sociedad de hoy, apuntan al diálogo entre las diferentes culturas y entre las diferentes religiones. Vale la pena detenerse un momento en este punto. Caben, como poco, dos interpretaciones. Sea un indiferentismo, adornado como diálogo, del tipo «todas las religiones valen» (y así abonaríamos la tesis del relativismo religioso), sea la tesis de Jacques Dupuis que entiende al actual pluralismo religioso «como un factor positivo que atestigua al mismo tiempo la sobreabundante generosidad con que Dios se ha manifestado de muchos modos a la humanidad y la multiforme respuesta que los seres humanos han dado en las diversas culturas a la autorrevelación divina»³, con lo que en vez de «relativismo» religioso podríamos expresarnos en términos de «relatividad» de las respuestas que la humanidad ha dado a lo largo de la historia a la autorrevelación divina. Creo que fue Schillebeeckx quien escribió en tiempo del Vaticano II que Dios es único, pero las religiones varias. Avancemos un poco más en este tema.

2. Digamos entre paréntesis que en la investigación *Jóvenes españoles 2010* (Fundación Santa María, dirigida por Juan González Anleo y Pedro González Blasco) a la pregunta más genérica de qué condiciones debe cumplir un joven para considerarse una persona religiosa, ante trece propuestas de respuesta ofrecidas, a la cabeza de ellas, con más del 80 % de jóvenes mencionándolas, aparecen la «creencia en Dios», «ser una persona honrada» y «ayudar a los necesitados, marginados y excluidos». Solamente uno de cada dos señala el rechazo al aborto o la eutanasia, y el 38 % «no mantener relaciones sexuales hasta formar una pareja para casarse». Para el detalle ver la p. 192 de la citada investigación.

3. J. Dupuis, *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*, Santander 2000, 276-277.

En la última encuesta europea de valores (European Values Study) que se llevó a cabo en España por la Universidad de Deusto y que yo mismo dirigí con María Silvestre⁴, en el capítulo dedicado a la dimensión religiosa, redactado por el profesor Manuel M. Urrutia, se aborda la cuestión de «la verdad» de las religiones. He aquí algunos de los resultados obtenidos:

TABLA 3. GRADO DE ACUERDO EN TORNO A LAS SIGUIENTES AFIRMACIONES SOBRE LA VERDAD DE LAS RELIGIONES (la tabla debe leerse en % horizontal)

	Sólo hay una religión verdadera	Sólo hay una verdadera, pero otras contienen verdades básicas	Todas contienen algunas verdades básicas	Ninguna tiene ninguna verdad que ofrecer	
Hombres	19,9	14,1	34,7	21,8	100 %
Mujeres	26,3	17,8	37,1	10,6	100 %
18-24 años	14,3	16,8	39,9	21,4	100 %
25-34 años	14,4	14,7	38,1	19,9	100 %
35-44 años	16,6	14,6	41,8	20,5	100 %
45-54 años	18,5	13,6	39,0	17,9	100 %
55-64 años	29,3	16,4	38,2	11,4	100 %
65y + años	43,1	20,1	21,7	6,6	100 %
TOTAL	23,2	16	35,9	16,1	100 %

Fuente: Elaboración de Manuel M. Urrutia a partir de datos de EVS-Universidad de Deusto, Bilbao 2008.

La tabla es muy rica en enseñanzas. Nos limitamos a apuntar algunas. Para el 76 % de los españoles de todas las edades, o sea, tres de cada cuatro, las religiones tienen algunas verdades que ofrecer, limitándose al 16 % quienes sostienen que «ninguna religión tiene ninguna verdad que ofrecer». (Las diferencias hasta el 100 % del conjunto poblacional, no reflejadas en la tabla, esto es, los que no contestan a la pregunta, suman, en consecuencia, el 8 % de la población española. El mismo cálculo puede hacer el lector con las demás respuestas segmentadas del total poblacional). Este es uno de los indicadores que nos permite controlar el peso del ateísmo en España: el 16 % de la población española. Ahora bien, del 75 % de españoles para quienes hay verdades en las religiones, para el 23 %

4. J. Elzo - M. Silvestre (dirs.), *Un individualismo placentero y protegido*, IV Encuesta europea de valores en su aplicación a España realizada por la Universidad de Deusto, Bilbao 2010.

«solamente hay una religión verdadera», para el 16 %, si bien «sólo hay una religión verdadera, otras religiones también contienen verdades básicas», mientras que para el 36 %, «todas las religiones tienen algunas verdades básicas». Como se ve, el pluralismo religioso es una realidad sociológica en la mente de los españoles, limitándose a menos de uno de cada cuatro quienes sostienen que hay una única religión verdadera, cifra que podemos subir hasta el 40 % si tenemos en cuenta a quienes, aun estimando que solamente hay una religión verdadera, estiman que otras religiones también contienen verdades básicas⁵.

Pero en este texto estamos hablando de jóvenes, y la tipología de españoles de todas las edades, que acabamos de ofrecer atendiendo a la verdad que, según ellos, habría en las religiones, sufre un claro revolcón cuando nos limitamos a los jóvenes en edades comprendidas entre los 18 y los 24 años. Solamente el 14 % estiman que hay una única religión verdadera, cifra inferior a la de los que estiman que ninguna religión tiene verdad alguna que ofrecer, que sube al 21%; el resto, una mayoría del 57 %, se apunta a la tesis de que la verdad de las religiones, que aceptan, se distribuye en varias confesiones religiosas. En otras palabras, se apuntan en su gran mayoría a la tesis del pluralismo religioso (que otros llamarían, y la discusión es posible, indiferentismo religioso). El detalle lo puede consultar el lector interesado en la tabla 3 revisando los datos según seis franjas de edades diferentes, así como según el sexo de las personas. Comprobará el lector que a medida que avanza en edad disminuye la proporción de personas que consideran que hay una sola religión verdadera, dándose el mayor salto a partir de las personas de 65 y más años. También que hay más mujeres que hombres para quienes las religiones son portadoras de verdades. Además, en el indicador de ateísmo los hombres las doblan en proporción.

Pero volvamos brevemente a la tabla 2 para completar los ámbitos en los que los valores religiosos, según opinan los jóvenes, pueden jugar un papel positivo en la sociedad. Ya hemos dicho que según los jóvenes españoles el ámbito más señalado (lo menciona el 55%) es el de la solidaridad hacia los más pobres y, a continuación, casi a la par, respaldado por un 30% de jóvenes, el dialogo entre las diferentes culturas y entre las diferentes religiones, de un lado, y la labor en la familia y en la educación, de otro. El resto de ámbitos por los que se les preguntaba reciben una aquiescencia notoriamente menor (la acogida e integración de los inmigrantes, el 15%; la

5. He trabajado con detalle el peso del pluralismo religioso en la sociedad de nuestros días en una publicación de 2017, de carácter teórico, a la que me permito referir al lector interesado: J. Elzo, *Morir para renacer. Otra Iglesia posible en la era global y plural*, Madrid 2017, 312.

protección y el respeto del medio ambiente, el 11%; la bioética y el respeto de la vida, el 6%; la moralización del capitalismo, el 5%; y la construcción europea, el 2%).

3. ¿ESTÁ EN LA JUVENTUD EL FUTURO DE LA RELIGIÓN?

A diferencia de lo que sucede en España, la información socio religiosa, vía encuestas de opinión u otros métodos de investigación, es moneda corriente en otros países. Que sea en Europa o en América (norte y sur) por limitarme al Occidente. Comienzo estas páginas refiriéndome a tres encuestas de ámbito planetario del año 2015 y que abordan la temática religiosa.

Comienzo con un estudio del reconocido Pew Research Center, con sede en Washington que publicó en marzo de 2015 un Informe proyectivo (2010-2050) sobre el futuro de las religiones en el mundo, muy citado en los trabajos posteriores sobre el tema (www.pewforum.org/files/2015/03/PF-15.04.02-ProjectionsFullReport.pdf). Es una mina de información. Según este estudio, el año 2050 descenderá el número de cristianos en Europa, subirá el de ateos y se duplicará el de musulmanes. Estiman que uno de cada diez europeos será musulmán. Michel Houellebecq, con su exitosa novela *Sumisión* (Barcelona 2015), ya ha especulado (exageradamente) con lo que sucedería en Francia si los musulmanes radicales tomaran el poder.

La segunda encuesta la promovió la FIUC (Federación Internacional de Universidades Católicas), y fue realizada entre 17.000 estudiantes de 54 universidades católicas de 33 países. Lo pueden encontrar en la web de FIUC en inglés y en francés. Un resumen excelente del tema religioso redactado por tres de miembros del equipo, Rosa Aparicio, Andrés Tornos y Diego R. Azcárate, lo pueden leer en el número de abril de la revista *Concilium* (2015), titulado llamativamente «La renovación de la Iglesia por los jóvenes». En la Semana preparatoria al Sínodo de los obispos sobre los jóvenes (septiembre 2017), este trabajo fue utilizado, al menos en el grupo de trabajo en lengua castellana donde estábamos, entre otros, una de las autoras del trabajo, Rosa Aparicio y yo mismo. Es otra mina de información, centrada esta vez en los universitarios de las universidades católicas.

La tercera encuesta a la que voy a dedicar más líneas en este artículo, la lidera WIN/Gallup International, probablemente la mayor asociación mundial de estudios de mercado y de sondeos de opinión sobre diferentes temas, entre ellos el religioso. Se publicó en abril de 2015 sobre trabajos de campo realizados en 2014, acerca de las creencias religiosas de 63.898 personas en 65 países del mundo. Se encuentra en Internet entrando en WIN/Gallup, aunque las informaciones que suministran a través de la prensa, como em-

presa privada que es, tiene un interés limitado a los grandes titulares. En España quien realiza la encuesta es la empresa DYM Market Research que, a mi demanda, me envió algunos terminales más de los ofrecidos por Gallup, por lo que quiero manifestarles públicamente mi agradecimiento. Una de las cuestiones que abordan, proviene del Grupo Europeo de Estudio de los Valores (EVS) donde colaboré durante veinticinco años y ahora prosigue la Universidad de Deusto. La pregunta en la que me detengo, y que se formuló por primera vez en 1979, dice así: «Independientemente del hecho de que vaya o no a la iglesia (o a un lugar de culto), ¿diría usted que es una persona religiosa, una persona no religiosa o un ateo convencido?».

Jean-Marc Leger, presidente de WIN/Gallup International Asociación, en la presentación del macroestudio, afirmó que «la religión continúa dominando nuestra vida cotidiana, pues constatamos que actualmente el número total de personas que se consideran a sí misma religiosas, es relativamente elevado». La media de los 65 países encuestados arroja la cifra de 63% de personas que se dicen religiosas, de 22 % que no, y de 11 % que se consideran ateas. Pero como es bien sabido, e invito a que no se olvide nunca, la media, el valor medio de una estadística, máxime con pretensiones planetarias, tiene un valor escaso, salvo que sean datos diacrónicos, esto es, comparados en el tiempo, lo que no es el caso esta vez. Así, frente al 94% de los tailandeses que liderarían el ranking de los que se dicen personas religiosas, tendríamos en la cola el 9% de los chinos, que serían los que en menor proporción se dicen personas religiosas. Señalo algunas proporciones, de más a menos, de personas que se dicen religiosas de países que nos son más cercanos: Italia 74%, Rusia 70 %, Portugal 60%, EEUU 56%, Francia 40 %, España 37 %, Alemania 34 %, Israel 30%, Reino Unido 30 % y Suecia 19%. Pero es también de gran interés conocer los porcentajes de individuos que se dicen «ateos convencidos»: abre el ranking, ¡oh, sorpresa!, dirán algunos, España con el 20 %, Francia 18%, Alemania 17 %, Suecia 17%, Reino Unido 13%, Portugal 9%, Israel 8%, Italia 6% y Rusia 5%. (Por algo los estudiosos del fenómeno religioso en Rusia hablan de la era «post atea»). Superan a España en ciudadanos que se dicen ateos, la República Checa 30%, Japón 31%, Hong Kong 34 % y China con el 61 %. (Pero ¿entenderán los orientales el término ateo, o religioso, como nosotros?).

Introduzco aquí unos datos para España de nuestro propio estudio sobre los valores de los españoles, hecho en 2008. Aquel año, el 52% de españoles de todas las edades (de 18 y más años) se decía persona religiosa y un 11% atea. En apenas siete años estas cifras han sufrido un vuelco, pues como hemos visto en el párrafo anterior, eran del 37% y del 20 % respectivamente. En muy poco tiempo se ha producido una caída espectacular del

porcentaje de españoles que se dice «persona religiosa», y se ha doblado el porcentaje de los que se dicen «ateos convencidos», situándose a la cabeza de Europa, con la sola excepción de Chequia. Centrándonos en la juventud, digamos que el año 2008 el 16 % de los jóvenes españoles se consideraban «ateos convencidos». Pero en el estudio de la Fundación Santa María, *Jóvenes españoles 2017*, el 24 % de los jóvenes españoles, en edades comprendidas entre los 15 y 24 años, se considera «ateo», el 14 % «agnóstico», otro 14% «indiferente», y apenas un 8 % «católico practicante» o «muy buen católico» (formulación que viene de los estudios de FOESSA del siglo pasado y que se ha decidido mantener por comparabilidad)⁶. No tenemos espacio aquí para comentar estas cifras.

Volvamos al mencionado presidente de WIN/Gallup en la presentación del estudio de 2015. A lo ya transcrito, añadió: «Además, con la tendencia de una juventud cada vez más religiosa a escala mundial, podemos presuponer que el número de personas que, ellas mismas, se consideran religiosas, irá en aumento». Claro que esta afirmación no vale para España ni para Europa Occidental (los tres estudios son formales en este punto), donde la travesía del desierto de la fe religiosa será prolongada, aunque hay datos para afirmar que puede ser purificadora. Sostengo que, en Europa occidental, estamos ya en los albores de la era post-secular. Pero habrá que esperar un par generaciones. Se ve lo que fenece, pero más rara y difícilmente lo que nace. Sobre todo, lo que nace lejos de nuestra vista, y se olvida que católico quiere decir universal. Tema capital en la era Internet de un mundo globalizado. Pero en España tenemos una visión muy parcial, localista y radicalmente distorsionada de la cuestión religiosa. Por razones históricas y sociológicas.

4. ¿NOS ESTÁ CAMBIANDO INTERNET? LA DIFICULTAD DE TRANSMITIR

La lectura de los datos de la Encuesta General de Medios, en su Informe de abril/mayo de 2016 nos desvela que desde 1997 hasta 2016, la penetración de Internet en la sociedad española ha pasado de un 0,9% al 77,0%. No solamente ningún otro medio de comunicación ha logrado

6. Permítaseme indicar a pie de página, a título informativo, datos del año 2017 de una muestra de 6.009 escolares vascos en edades comprendidas entre los 10 y los 21 años (pero la gran mayoría entre los 11 y los 18 años) de una investigación «Drogas y escuela IX», que dudo que sea publicada en formato papel y dudo aún más que se den a conocer estos datos que yo mismo he elaborado en la redacción de este Informe. El año 2012, el 41 % de estos escolares se consideraban católicos (de los que el 13 % practicantes). Esta cifra el año 2017 se había reducido al 35% (de los que el 10% practicantes). Por otra parte, si el año 2012 la cifra de los que se decían no creyentes o ateos era del 37 %, en cinco años esta cifra había subido al 47%. En consecuencia, en la actualidad tenemos claramente más escolares que se consideran no creyente o ateos que católicos.

semejante avance, sino que ninguno ha mantenido el ritmo creciente de penetración. Bien el contrario, la prensa diaria, los suplementos, las revistas, la televisión y el cine sufren caídas en el número de usuarios que las frecuentan. Entre los adolescentes, en edades comprendidas entre los 14 y los 19 años, la penetración de Internet había alcanzado el día anterior a la realización de la encuesta al 89,9% (83,7% en 2014), cifras que en las personas de edades comprendidas entre los 45 y los 54 años era del 75,6% (54,2% en 2014) y entre las que tienen 65 y más años de edad, se queda en el 31,5% (20,1% en 2014). No tengo a mano la penetración de la comunicación vía móvil, smartphone y demás, pero parece claro que estamos ya de lleno en la era digital.

De hecho, estamos viviendo la coexistencia de dos espacios de comunicación e información que se ha dado en llamar el espacio físico y el espacio virtual o ciberespacio. No tanto en el sentido de que, globalmente considerado, el ciberespacio esté suplantando al espacio físico, sino que lo está agigantando. Esto resulta evidente en el caso de la comunicación entre menores, adolescentes y jóvenes. Las TIC's y las redes sociales son entendidas por adolescentes y jóvenes como el lugar en el que hay que estar. Facilitan nuevos procesos de integración, pero también de exclusión.

Hace más de una década ya podíamos leer que «la práctica de Internet ha modificado considerablemente el proceso de socialización. Para bien y para mal. El acceso a múltiples fuentes, a lugares de las más diversas identidades ha aumentado considerablemente las posibilidades para cada internauta para distanciarse de sí mismo, de sus sentimientos de pertenencia, de sus identidades primigenias. Pero, al mismo tiempo, el internauta está invitado a tener como verdadero lo que es afirmado de forma inverificable, por cualquiera sobre cualquier tema»⁷.

Nunca el futuro de la identidad de las personas ha podido ser tan abierto como en la actualidad. Tan abierto y tan difícil. Pero hay más, y más importante. Desde hace cuarenta años el término «influencia» tiene muy mala prensa. Influenciar, ¿no es, acaso, coartar la libertad, peor aún, iniciar, desde fuera, la propia identidad, siempre en construcción? Básicamente, si se trata de menores, pero también de poblaciones adultas. Pero un padre, una madre, un enseñante, un monitor de tiempo libre que rechacen querer influir no serían en absoluto «liberales» o «tolerantes». Sencillamente habrían abdicado de su labor de educar. Más todavía, habrían cedido al «aire del tiempo», a los potentes agentes de socialización colectivos (la publicidad,

7. A. Grosser *Les identités difficiles*, Paris 2007, 10.

los medios de comunicación, las redes sociales, Internet, los amigos, etc., etc.), la labor de influir y de construir los sistemas de valores de sus allegados. Hablando de familias lo definí hace años como la familia nominal.

Un joven pensador francés, profesor de secundaria, ha escrito un impactante ensayo, traducido a varios idiomas (no al castellano), donde constata que, en la ideología dominante en gran parte de Europa occidental, en la actualidad, se rechaza la transmisión de saberes, de experiencias, de valores, etc., por parte de la generación adulta a las nuevas generaciones. «Gracias a la web, parece que estamos dispensados de transmitir un saber: sólo nos queda proponer cómo ‘saber-hacer’, cómo ‘saber-ser’. Puesto que las máquinas se encargan de reunir lo heredado para nosotros, nuevos horizontes de libertad se nos abrirían»⁸, se hace eco del autor de la forma común de pensar. En la sociedad, continuo yo parafraseando algunas de sus ideas, se ha instalado la necesidad de educar, pero sin transmitir. A los padres, a los profesores, a los monitores de tiempo libre, a los educadores en general se les ha confiado una misión –propiamente hablando– imposible, impensable hace cincuenta años. La sociedad les ha encargado la misión de educar, pero dejando al niño, al educando en general, libre, virgen de toda traza de autoridad, liberado del peso de toda cultura anterior a su individualidad, particularmente liberado de toda violencia simbólica, gratuita, violencia que recibirían en la herencia que les impondría el sistema educativo según las tesis de Bourdieu-Passeron, que mamamos como estudiantes en los años 70 del siglo pasado y que han conformado gran parte del acervo educativo posterior, todavía vigente.

La consecuencia es que el educando tendrá que lanzarse, él solo, en busca de su saber, de sus decisiones morales y de su futuro. La resultante dependerá en gran parte del azar. Del azar de los padres y de los educadores que le hayan caído en suerte, sea que ejerzan como tales, sea convertidos en meros enseñantes, en nada educadores. Pues cuanto más eduque, cuanto más se involucre en ser educador, en mayor grado será tenido por culpable, pues estará impidiendo –se asegura– la libertad primigenia del educando, la de su espontaneidad, impidiéndole ser él mismo.

En realidad, hemos pasado del más que criticable principio de que «la letra con sangre entra» (que etiqueto como el reino de la «potestas»), sin aceptar, incluso renegando, del gran principio de la transmisión de los saberes y de los valores al educando, para así conducirlo a la autonomía y responsabilidad propias (el reino de la «auctoritas»). Hemos dejado solos a los niños y menores, al albur de la violencia, esta vez más que simbólica y

8. F. X. Bellamy, *Les déshérités, ou l'urgence de transmettre*, Paris 2016, 14-15.

en nada gratuita, del azar de la web, de los contactos y de las imprevisibles experiencias en absoluto evaluadas. Ya lo hará él –se dice–, cuando sea mayor. Pero ¿desde qué saberes?, ¿desde qué valores? Pues, de los de la mayoría confesante del momento. Es la tiranía de la mayoría, como ya vieron con clarividencia Tocqueville (1835) y Hannah Arendt (1972).

La filósofa Chantal Delsol ha escrito: «Tocqueville considera que la sumisión al imperio de la mayoría es más tiránica que a la de cualquier tirano: es mucho más difícil para un particular pensar contra el conjunto de sus conciudadanos que oponerse a un poder establecido. Así, la sociedad democrática deviene rápidamente gregaria y las personas en lugar de liberarse se someten»⁹.

La lectura de la obra de Delsol me sugirió acercarme a un libro que obliga a pensar, pues va en contra de la idea dominante en el sur de Europa sobre la educación en particular y los esquemas mentales de funcionamiento en la vida pública en Suecia, más en general. Podemos leer que «en Suecia los niños crecen en el seno de una cultura de ‘pares’ (de grupo) sin referencia exterior a sus progenitores. Pero la presión de los ‘pares’ es bastante más despiadada que la de la generación precedente; es posible rebelarse contra esta última, pero no contra la primera, salvo marginalizándose»¹⁰. Los autores del libro sobre el modelo sueco citan una reflexión de Hannah Arendt de los años 70 del siglo pasado que ya había descrito esta situación hablando de la escuela americana: «Liberado de la autoridad de los adultos, en realidad el niño no ha sido liberado, sino sometido a una autoridad bastante más horrorosa y verdaderamente tiránica: la tiranía de la mayoría»¹¹.

En consecuencia, la transmisión, nos diría nuestro inconsciente colectivo, sería una alineación, puesto que impide al educando la posibilidad de construir él solo, en (pretendida) total libertad y autonomía, sus propios referentes, llevar a cabo sus personales y propias elecciones, adoptar sus valores, más aún, construir libérrimamente su propio sistema de valores. Con lo que la apelación a la libertad total se convierte en la tiranía de la mayoría. Dramático ‘par’ binario donde los haya.

En este contexto, ¿cómo hablar de transmisión de la fe? ¿Debe la Iglesia renunciar a transmitir su fe a las nuevas generaciones hasta que sean adultos y, entonces, pero solamente entonces, proponerles la fe cristiana, la

9. Ch. Delsol, *La haine du monde. Totalitarismes et postmodernité*, Paris 2016, 168.

10. B. Huteau - J. Y. Larraufie, *Le modèle suédois, un malentendu?*, Paris 2009, 124.

11. H. Arendt, *La crise de culture*, Paris 1972, 232, citado por Huteau y Larraufie, *Le modèle suédois, un malentendu?*, 124. También Ch. Delsol, *La haine du monde*, 168, comenta en su libro esta reflexión de H. Arendt.

católica en nuestro caso? ¿Debe callar la jerarquía cuando tenga delante a niños, menores o adolescentes, deben callar las parroquias, los padres, las instancias religiosas etc., etc., hasta que sean adultos? Por cierto, ¿cuándo se es adulto para transmitirles la fe? ¿Con 15 años, con 18 años? Y, entretanto, si un padre o una madre van a misa un domingo, ¿deben hacerlo a escondidas? ¿Y deben retirar de sus domicilios todo crucifijo, toda imagen mariana, toda imagen o figura religiosa en general? ¿Y qué les van a contar cuando salga en televisión un señor, totalmente vestido de blanco, hablando a miles de personas desde la ventana de un edificio? Y cuando se paseen por la ciudad, ¿qué les van a decir al ver de pronto un edificio muy grande, con torres y una gran cruz, en el que vean entrar y salir gente?

Perdóneseme este relato llevado al absurdo, pero es que absurdo es pretender no transmitir. Es imposible no transmitir a las nuevas generaciones que absorben como esponjas todo lo que los adultos les digamos. En los primeros años, si no solamente los primeros meses, sin resistencia crítica alguna, pero muy pronto, muy muy pronto, comienzan a adquirir lo que estoy apelando como conciencia crítica, distancia respecto de lo que les decimos los adultos. Abuelo reciente de cuatro nietos, dos bebés, y dos de poco más de dos años, no puedo no asombrarme de constatar, sí, la influencia que tenemos sobre ellos, pero también que muy pronto se dan cuenta de las pequeñas trampas en las que consentimos caer, cuando no logramos que hagan lo que les pedimos que hagan. Porque no transmitir es, a la postre, engañar.

La Iglesia no puede renunciar a transmitir. Ni puede mientras la Iglesia de los adultos exista. En euskera hay una idea que se repite con fuerza para preservar el idioma vasco que viene a decir que un idioma no se pierde porque se imponga otro, sino porque los que lo dominan dejan de hablarlo, de utilizarlo. Mientras haya cristianos que sigan siéndolo, la fe cristiana no se perderá. Pero si los propios cristianos desertan de su fe y de transmitirla a las nuevas generaciones...

Otra cuestión diferente, en la que aquí no puedo entrar, es cómo hacer esa transmisión en una sociedad secularizada y pluralista.

5. UNA SEMANA EN ROMA CON JÓVENES DE MEDIO MUNDO

La semana del 11 al 16 de septiembre de 2017, estuve en Roma, participando en la Semana preparatoria del Sínodo de los obispos sobre los jóvenes, celebrado en octubre de 2018. En total estábamos ochenta y dos personas. De entrada, diré que había veintiún jóvenes, bien que de medio mundo: tres italianos, dos brasileños, otros dos argentinos y uno de cada

uno de estos países: Siria, Ucrania, Israel, Polonia, Nigeria, Austria, Reino Unido, Francia, México, Australia, Países Bajos, Jamaica, Filipinas y Arabia Saudí. De ambos sexos, casi por igual. Los acompañamos 32 «expertos» de centros laicos y religiosos, 20 formadores y operadores de pastoral juvenil, 9 representantes de organismos de la Santa Sede. Desde un punto de vista geográfico, 52 de los participantes en el encuentro éramos de Europa, 18 de las Américas, 7 de Asia, 4 de África y uno de Australia. Obviamente había una sobrerrepresentación de europeos, lo que varios indicaron en la Sala. Para ser completo, añado que había 10 miembros del Sínodo, con el cardenal Baldisseri a la cabeza, que asistió a todas las maratónicas sesiones (de 9 de la mañana a las 18,30), quien se metió a los jóvenes en el bolsillo el último día tocando en un piano, desafinado a más no poder, música popular italiana (la Strada, recuerdo) mientras los jóvenes que cantaban y bailaban, pugnaban por fotografiarse con él.

Cómo nos seleccionaron, particularmente a los jóvenes, no lo sé. Supongo que a dedo. Una mujer argentina me decía que esos jóvenes no representaban al conjunto de jóvenes del universo. Obviamente no. ¿Cómo lograr una muestra representativa de los jóvenes del universo? La gran mayoría, que no todos, eran indudablemente creyentes, aunque en la reunión se habló de que estábamos transitando de la cuestión de la creencia en Dios a la del misterio de Dios.

Sí, sesiones de trabajo densas, con intervenciones a menudo críticas: una joven francesa se quejó con fuerza, y con toda la razón del mundo, de que no se hubiera introducido el tema del sexo en los debates, apoyado después por muchos, aunque fue adoptada la observación por el cardenal Baldisseri el último día; otro criticó que se hubiera obviado la importancia de la música y del deporte. Llené 34 páginas en mi cuaderno de notas. «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional», rezaba el título del seminario y el del documento introductorio que nos entregaron. En estas líneas me limitaré a presentar unas breves reflexiones, centrándome exclusivamente en el tema de los jóvenes.

Mil veces se dijo que los jóvenes son como son, en gran medida, en razón al contexto en el que han crecido. Un joven filipino no ha vivido las experiencias de un austriaco o las de un sirio, de un mexicano, de un ucraniano, etc., etc.; por tanto, la especificidad territorial se impone. Pero en todos los casos cabe hablar de factores de socialización similares, aun vividos de forma distinta, incluso en el interior de cada país o sociedad. Aquí me limito a señalar que vivimos en una sociedad universal que, salvo escasas excepciones (Corea del Norte y algunos países árabes), es plural, global y tecnológica, bajo el imperio de Internet en general.

¡Cómo olvidar a Mirvat, una chica siria de Alepo, que vio su casa y su ciudad destrozadas, recorrió seis países hasta recalar en Roma, gracias a una beca, y decirnos, con un hilo de voz que, para ella, la Iglesia era una familia! Ahleigh, otra chica, australiana, imprecando con fuerza la insostenible situación de los aborígenes en su «religiosa» y muy opulenta sociedad. Tommaso, un chaval italiano de apenas 16 años, que nos explicó con toda suerte de detalles lo importante que para él era crear música, las dificultades para grabar sus discos (ya tenía dos en el mercado) y que para él era inconcebible la religión fuera de la música. Una chica, Caroline Kate, de Arabia Saudí, que nos comunicaba que solamente gracias al teatro podía manifestar, tímidamente y cubierta de arriba abajo, sus incipientes inquietudes emancipatorias, en una sociedad teocrática; el argentino Mariano y el brasileño Lucas nos describieron a las claras la realidad latinoamericana entre el pentecostalismo y la ya potente secularidad, en una sociedad donde la democracia no arrancaba, frenada por un capitalismo despiadado y unas diferencias sociales insostenibles mantenidas y aumentadas desde la independencia.

Una chica jamaicana, Kerishé Marie, nos hizo sentir su exuberancia vital, lo mismo que un chaval nigeriano, Richard, y otro filipino, Joed, más recatado, mostrándonos unas realidades sociales bien distintas a las occidentales; las representantes de Ucrania, Natalia, y de Polonia, Dorota, nos pedían que no olvidáramos a la Europa del Este, los pobres de Europa, que vivían en un trípode religioso, como todo trípode inestable, entre una religiosidad muy tradicional en los mayores, otra post-atea en la edad adulta y la ya más que incipiente secularidad en la juventud; una chica británica, Sarah, nos habló de sus experiencias en grupos de liderazgo juvenil (Peer Leadership); Wissan, un israelí de Nazaret, nos relató su complicada cohabitación con los palestinos... Y podría seguir con los otros jóvenes. Fue lo mejor de la Semana. ¡Qué gusto escucharlos y compartir con ellos una semana! Un catedrático, en una universidad de Roma, me decía que habíamos escuchado a los «jóvenes majos». Cierto, pero, le respondí, que esa juventud también existe y no solamente la que se destaca en los medios, la juventud disruptiva, la que causa problemas, la que dicen, falsamente, que no tiene valores.

Lo que más se escuchó en la Sala

De entrada, de modo telegráfico, rescato de mis páginas de notas algunos aspectos que aparecieron en la Sala, comenzando por los que más veces fueron mentados:

- Acompañar a los jóvenes: caminar juntos.
- Saber escuchar a los jóvenes, sin exclusión, con disponibilidad a cuestionarse.
- Dar protagonismo a los jóvenes.
- No tanto hablar a los jóvenes, ni hablar de los jóvenes, sino que sean ellos los que hablen. También en el Sínodo de 2018.
- Importancia del reconocimiento de los otros, por ejemplo, de los migrantes, de los «ni-ni», de los refugiados, de los pobres...
- Búsqueda de sentido. Importancia de lo espiritual.
- Búsqueda de identidad (es), identidad poliédrica.
- Formar acompañadores de los jóvenes. Sólo el que tiene puede dar. Las condiciones del líder.
- Buscar y encontrar a los jóvenes allí donde están: la noche, la música, los bares, el teatro... Los nuevos lugares de evangelización.
- El papel y la especificidad de la mujer en la sociedad y en la Iglesia.
- La Iglesia debe ser la casa de todos, en diálogo con los jóvenes.
- El papel clave de la familia. Relacionar el Sínodo de la familia con el de los jóvenes.
- Vivimos en el pluralismo, también religioso. En Occidente muchos jóvenes han crecido sin herencia religiosa. Los jóvenes católicos son, de entrada, jóvenes, y se relacionan con otros jóvenes, que no son católicos.
- Se habló, aunque no mucho, de la educación; y si bien la educación no lo puede todo, sin la educación no se consigue nada. No hay que olvidar, añadido yo, que los jóvenes son jóvenes y, como tales, necesitan ser educados. También en la fe.
- Etc., etc.

Todos los elementos presentados en aquella sala me parecen fundamentales. Más todavía: absolutamente necesarios, imprescindibles, que exigen profundización y que abren a cuestiones que considero ineludibles.

¿Por qué en Europa Occidental (donde, en varios países, se ha transitado de la era secular a la era secularista) hay tan pocos jóvenes creyentes, y las vocaciones religiosas son residuales, mientras que en América del Norte y en parte en la Central y el Sur se mantienen, y en la África subsahariana y en el este de Asia abundan? Hay otras cuestiones importantes que, a mi modo de ver, habría que afrontar: cómo vivir la fe; cómo se recibe la fe; qué fe y cómo se transmite; cuáles son los principales agentes de socialización religiosa (educación en la fe) en las diferentes partes del mundo de hoy; cómo entender una cosmovisión en la que la fe está ausente (por ejemplo, en gran parte del mundo occidental, donde impera el silencio religioso en el ámbito socio-cultural de una sociedad ya embarcada en el secularismo

como ideología y práctica, y sospecho que en China), en competición con otros credos, no necesariamente religiosos (las Américas, India), en sociedades emergentes al mundo de hoy (África subsahariana) con una cultura en parte animista; en los países que todavía quedan en el marco del Estado de cristiandad (Filipinas), etc., etc.

En Occidente falla la madre y falta el «humus» religioso

Estas son dos de mis convicciones más fuertes. Tras más de treinta y cinco años de estudios empíricos sobre la juventud, también en el campo de su religiosidad, sostengo que no hay que comparar la religiosidad de los jóvenes de hoy con la de los jóvenes de hace 20, 30, 50 años, sino la evolución de la religiosidad del conjunto de la sociedad en la que nacen, crecen y se hacen adultos los jóvenes. Es radicalmente falso decir que los jóvenes han dejado de ser creyentes, que han perdido valores o, peor aún, que no tienen valores (como si pudiera haber alguien sin valores, cosa distinta a discernir qué valores tienen), cuando en realidad es el conjunto de la sociedad la que ha cambiado sus valores. Y en ella, en su seno, los jóvenes. Pues bien, en gran parte de Europa occidental, el principal agente de socialización, de educación en la fe, hasta ayer mismo, la madre, se ha secularizado; por consiguiente, no hay transmisión de la fe por ese canal clave. Además, los jóvenes crecen sin el «humus» religioso, sin el cual es muy difícil percibir la llamada de la fe. Menos aún de la vocación religiosa. El reto del futuro no es tanto evangelizar a los jóvenes como evangelizar a la sociedad adulta, empezando por la familia, que todavía hoy, de forma generalizada e indiscutible, sigue siendo el primero y principal agente de socialización de las nuevas generaciones. Para bien y para mal¹².

Superar las generalizaciones de las denominadas generaciones de jóvenes

Hace ya casi un siglo defendía el sociólogo húngaro Karl Mannheim que «solamente las personas que han vivido experiencias similares pueden generar situaciones generacionales». Esta idea, con la que comulgo desde siempre, no me lleva sin embargo a aceptar los estereotipos que han conducido a determinar la juventud de un momento y contexto concretos

12. Un trabajo extraordinario publicado en febrero de 2018 en Francia, aunque centrado en este país, obliga a reflexionar qué ha sucedido en Occidente en general, también en España, para que, en un breve período de tiempo, se haya producido lo que el autor describe como el derrumbe del cristianismo en nuestra sociedad. Esta es la referencia de la publicación. G. Cuchet, *Comment notre monde a cessé d'être chrétien. Anatomie d'un effondrement*, Paris 2018.

con un sólo término, o una sola expresión que, supuestamente, vendría a calificarla. Así la generación X, la generación Y, la generación @, la generación Einstein, la generación Z, la Millennial Generation, cuando no la generación «perdida», olvidándose de que esa apelación ya se la espetó, hace 90 años, Gertrude Stein a Ernest Hemingway al decirle «you are all a Lost Generation», refiriéndose al propio Hemingway, a John Dos Passos, John Steinbeck, Francis Scott Fitzgerald, William Faulkner etc., que habían desembarcado en París escapándose del clima de puritanismo que originó, por ejemplo, la ley seca de los EEUU. Todo esto son generalizaciones que ayudan a situar a una generación, pero ¡cuidado!, de un país o espacio determinado, y de forma exclusivamente *diacrónica* (a lo largo del tiempo). Sin embargo, es radicalmente falsa cuando se aplica para analizarla de forma *sincrónica* (al mismo tiempo) a esa misma juventud. Entonces se precisa tipologizar la juventud: no todos los jóvenes de un mismo país reaccionan del mismo modo a las mismas situaciones generacionales. Trabajo imposible, cierto, en un documento para el Sínodo mundial (el *Instrumentum laboris*), pero que es preciso recordar. En el caso contrario, la imagen que se da de los jóvenes (como sucedió en algunas intervenciones en la Semana) lo son de una parte (y estadísticamente minoritaria) de la juventud.

Enseñar a los jóvenes a bien utilizar las nuevas tecnologías

Los jóvenes de hoy han nacido y crecen en la era Internet y de las nuevas tecnologías. Como medios, como instrumentos pueden ser muy buenos (excelentes aportaciones online de espiritualidad, reflexión, incluso cursos de formación) o malos (omnipresencia de la pornografía, publicidad terrorista o la intensamente consumidora). Pero también, a decir de muchos, tienen una capacidad condicionante, cuando no determinante, en el saber adquirido. Algunos neurobiólogos van más allá y nos hablan de modificaciones en el propio cerebro. Se daría un debilitamiento para pensar las realidades sociales en su complejidad.

Sin rechazar en absoluto los instrumentos tecnológicos (sería suicida y resulta además imposible) es necesario cuestionar una forma de saber, cuya principal virtud es la rapidez y la capacidad de almacenar información, sea esta la que sea. Una forma de saber que nos están imponiendo a toda la sociedad, con la excepción de una pequeña elite que se reserva la facultad de decidir, que no precisamente de pensar. En esta sociedad performativa, la tecnología ha desplazado las cuestiones de legitimidad del conocimiento, de la capacidad de pensar, por motivos de eficacia y rapidez. Ha sido en las sociedades tecnológicamente avanzadas donde el conocimiento se ha con-

vertido en una mercancía y se ha desentendido de la jerarquía cultural de los saberes. La performatividad y el *know-how* funcionan como valores supremos del saber, donde se supone que reforzar la tecnología equivale a reforzar la realidad misma. De ahí que necesitamos enseñar a las nuevas generaciones cómo utilizar las nuevas tecnologías.

Del gran antropólogo Marc Auge leí en una entrevista que «para el que sabe y el que sabe buscar, Internet es una mina; para los demás, una trampa» (Le Point, 19 de mayo de 2016). De ahí que vengo sosteniendo, cada día con más fuerza, que una labor clave de los educadores de nuestro tiempo es la de enseñar a «leer» Internet, el libro por excelencia del siglo XXI.